

El amor del esposo hacia la esposa

“Por lo demás, cada uno de vosotros ame también a su mujer como a sí mismo” Efe. 5:33^a

El matrimonio fue la primera institución que Dios estableció en la sociedad humana, antes que la Iglesia, antes que el Estado, antes que cualquier otra institución. El matrimonio es el diseño de Dios para que el hombre señoree sobre la tierra, la cultive y la hermosee.

El hombre tiene la responsabilidad de reflejar la imagen de Dios ante el resto de la creación, y al Señor le plació crear a la mujer como complemento perfecto para que esta misión tan excelsa se pudiera alcanzar.

Aunque Dios ha determinado que algunos hombres y mujeres vivan siempre en soltería, y a otros les dotó de dones célibes para el servicio exclusivo en actividades eclesíásticas y de misericordia, no obstante, es a través del matrimonio, entre un hombre y una mujer, que se refleja de manera más clara la gloria de Dios, sus atributos y la perfección de las relaciones intratrinitarias.

A través del matrimonio se cumpliría el propósito divino de llenar esta tierra con imágenes de Dios, es decir, con más hombres y mujeres que reflejan sus atributos comunicables. A través del matrimonio Dios introduciría en la tierra a su Hijo encarnado para dar salvación al hombre pecador y manifestar de una forma plena su gloria e imagen.

Siendo el matrimonio una de las formas más excelsas a través de las cuales se refleja la gloria de Dios en el mundo, entonces, cuando el pecado ingresa en la escena humana, causando daño y destrucción a todo lo bueno y santo, una de las cosas que más sufre su horrida afección es el matrimonio.

Satanás, el enemigo de Dios y de todo lo bueno, también se ensaña contra la institución del matrimonio y trata de pervertirlo al máximo, pues, entre más daño le cause, más afecta el propósito divino para con el hombre.

“Aconteció que cuando comenzaron los hombres a multiplicarse sobre la faz de la tierra, y les nacieron hijas, que viendo los hijos de Dios que las hijas de los hombres eran hermosas, tomaron para sí mujeres, escogiendo entre todas” (Gén. 6:1-2)

El matrimonio fue diseñado por Dios para que a través de la relación entre un hombre y una mujer se expresara la perfecta y santa unión que existe entre Cristo y la iglesia (Ef. 5), trayendo a luz hijos (aunque no siempre los hay) que también vivan para la gloria de Dios. Cuando el pecado entra al mundo, este propósito noble es distorsionado por Satanás, y

los hombres ya no miraron al matrimonio de esa manera, sino como el medio para satisfacer sus deseos egoístas de placer, aunque esto implique unirse con las hijas del diablo.

Otra de las cosas que más sufrió daño en la relación matrimonial fue el diseño original en la relación perfecta hombre-mujer, esposo-esposa, liderazgo-sujeción, amor-respeto. El varón debía ser cabeza de la mujer para amarla, cuidarla, protegerla y serle guía santa; la mujer debía ser sujeta, respetuosa y obediente a su santo marido. Pero ahora, después de la caída, el elemento santo de esta relación se había dañado, por lo tanto, las cosas se distorsionaron.

En este estado deplorable, las relaciones entre esposo y esposa no serían perfectas. El esposo trataría de imponer una autoridad tirana sobre la mujer, y ésta sería sometida a la fuerza por un marido al cual no querría dar obediencia. Los dos entrarían a la relación matrimonial seducidos meramente por la atracción física, u otros objetivos egoístas, más no con la intención de reflejar la gloria de Dios en dicha unión.

Dos pecadores depravados iniciarían la empresa más gloriosa que Dios ha dado al hombre: construir una relación perfecta, que manifieste la perfecta relación entre Dios y su pueblo, y reproduzca hijos que anhelan cumplir con tan sagrado deber. Aunque la iglesia es la casa de Dios y el templo del Espíritu, el hogar debía ser ese lugar ideal para que la presencia de Dios se manifestara de una forma gloriosa.

Pero la depravación humana dañó lo más hermoso, y como consecuencia trajo dolor, angustia, y toda clase de rencores entre esposos y esposas. Ahora los hombres serían “felices” en el matrimonio sólo hasta cuando pudieran disfrutar de la hermosura física y la juventud de la mujer; y ella sería feliz hasta cuándo pudiera aprovechar los recursos y comodidades que el hombre pudiera darle. Pero una vez se acaba la belleza o el disfrute de las cosas materiales, se acaba la felicidad, se acaba la dicha, y se acaba la relación.

No obstante, el diseño de Dios para el matrimonio sigue en pie. La obra y muerte de Cristo no sólo buscó salvar a una muchedumbre de personas para introducir las almas al cielo, sino que propendió por la restauración de todo lo santo y bueno que Dios había puesto en esta creación.

La restauración de las santas relaciones matrimoniales también estaba incluida en la obra de redención. Él también derramó su sangre, murió, resucitó y ascendió a los cielos como sacerdote y rey, para restaurar la institución matrimonial a sus orígenes santos y perfectos.

Los creyentes en Cristo, ahora restaurados por medio de la regeneración, la justificación, y en proceso de santificación por la obra sobrenatural del Espíritu, propenden por la restauración al estado original y perfecto de la vida matrimonial.

Las Sagradas Escrituras abundan en instrucciones, mandamientos y consejos para que los esposos y las esposas sean lo que Dios diseñó que ellos fueran.

Siendo que dos de los elementos de la relación matrimonial que más sufrieron, a causa del pecado original, fueron: el amor del esposo y la obediencia y respeto de la esposa, los autores sagrados, inspirados por el Espíritu Santo, no escatimaron esfuerzo alguno en exhortar, una y otra vez, para que los esposos y las esposas creyentes, regenerados por el Espíritu Santo, en proceso de santificación y rumbo a la glorificación, se esfuercen en restaurar estos dos elementos que habían sido dañados: El amor y el respeto.

Es por eso que el apóstol Pablo, luego de exponer una profusa y profunda enseñanza sobre las similitudes entre la relación Cristo-Iglesia y esposo-esposa, resume su discurso en las siguientes palabras:

“Por lo demás, cada uno de vosotros ame también a su mujer como así mismo; y la mujer respete a su marido” (Ef. 5:33).

Amor y respeto, dos elementos fundamentales para una relación matrimonial que busca glorificar a Dios. Si el matrimonio no tiene como propósito honrar al Señor, entonces, fácilmente será presa de todas las dificultades, problemas y confusiones que hoy día están conduciendo al divorcio y la separación. Buscar la gloria de Dios en la vida matrimonial nos librá de del egoísmo, despotismo, manipulación e irrespeto.

El gran deber de cada esposo es amar a su propia esposa. Este es el fundamento de todo lo demás, el amor debe estar mezclado con el resto de los deberes, este es el epítome o compendio de todas sus responsabilidades.

I. La naturaleza y propiedades del amor del marido.

II. El amor de Jesús es el patrón para el amor del esposo hacia su mujer.

III. Los efectos del amor del marido hacia su esposa.

I. La naturaleza y propiedades del amor del marido.

El amor conyugal es fiel y genuino. Este amor no es el mero cariño, propio de los niños, ni la brutal lujuria, propia de las bestias, sino que es un amor justo y verdadero.

1. El amor conyugal es único. La ordenanza de Dios ha convertido a mi esposa en una sola carne conmigo, y la ley de la naturaleza me obliga a amar a mi propia carne. Aunque su belleza se deteriore, le invadan grandes debilidades y ya no pueda ser útil en algunas cosas, sin embargo, ella es un pedazo de mí mismo, y siendo que me amo mucho a mí mismo, entonces ella será el objeto de mi amor. Aquí el Dios sabio ha determinado mis afectos.

2. Este amor es el adecuado para que dure hasta la muerte. El amor abarca a toda la persona: el alma y el cuerpo. Cada hombre debe elegir a una mujer, cuyos rasgos externos le sean agradables y por quien experimente afectos. Pero el verdadero amor conyugal hacia una esposa no sólo se limita a lo externo, sino que llega hasta el alma; el esposo buscará en ella la afabilidad y estudiará su alma de manera que pueda ayudar a pulirla con la sabiduría y la piedad, y procurará siempre que su alma prospere así como prospera su cuerpo.

3. Este amor es de un grado superior. Debe ser trascendente, por encima del amor a los padres: *“Por tanto, dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer”* (Gén. 2:24). El esposo debe honrar a sus padres, pero él debe amar a su esposa como a sí mismo, y, él debe, con toda prudencia, preferir a su esposa cuando su amor entre en competencia con el de la madre. El esposo debe preferir a su esposa antes que a sus hijos, él ama a su mujer por encima de todas las personas del mundo. En pocas palabras, siendo que debe amarla se gozará en su compañía por encima de todos los demás seres: *“Alégrate en la mujer de tu juventud, como sierva amada y graciosa gacela. Sus caricias te satisfagan en todo tiempo, y en su amor recreáte siempre”* (Prov. 5:18-19).

4. El amor del esposo aumenta con el paso de los años. La Biblia le ordena al esposo: *“en su amor recreáte siempre”*. No se trata de una apariencia ante la gente mientras se es frío en privado. Este es un amor que perdura más de una semana, más de un mes, más del primer año de casados; es un amor que permanece mientras la vida dure. En la medida que ella te da su bondad y dulzura, tu amor hacia ella debe aumentar. Has tenido su belleza y fuerza, ¿por qué no has de tener sus arrugas y enfermedades? ¿Por qué no habrás de darle tu fidelidad y respeto? Recuerda que mientras la hermosura del cuerpo se va deteriorando, va creciendo la belleza de la mente; en los años maduros hay más sabiduría, humildad y temor del Señor. Aprende a gozarte con la mujer que te dio su juventud hasta el último suspiro que le acompañe en esta vida.

II. El amor de Jesús es el patrón para el amor del esposo hacia su mujer.

1. El marido debe amar a su esposa como nuestro Salvador ama a su iglesia: *“Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia”* (v. 25). El esposo, a su mujer *“la sustenta y la cuida, como también Cristo a la Iglesia”* (v. 29). Ahora bien, estos textos

nos dirigen a la calidad de nuestro amor; aunque nunca nuestro amor llegará a ser igual al de Cristo, en esta tierra, su amor es el patrón que debemos seguir. Veamos la calidad del amor de Jesús:

(1) Jesús amó de palabra y en verdad. Él *“amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella”* (v. 25). Su amor era real porque él murió por ella. No se trata de amar a la esposa solamente de lengua o palabra, sino de hecho y en verdad, que si pudiéramos abrir el corazón del marido, el nombre de su esposa puede encontrarse allí escrito.

(2) Es un amor gratuito, sin esperar recompensa alguna. Porque él se dio a sí mismo para limpiar a Su iglesia (v. 26), es decir, ella estaba enferma cuando él la encontró. Ella no tenía belleza, ni nada digno para ser amada. Recordemos, nosotros le amamos porque Él nos amó primero (1 Juan 4:19). El marido debe llevar la delantera, y por su amor atraer el amor de su esposa, porque el amor es la piedra donde se afila el amor. Si ella parece débil en su constitución o en lo que puede aportar, sin embargo, el marido la ama, porque el amor no busca lo suyo (1 Cor. 13:5). El verdadero amor se especializa en estudiar cómo mejorar al objeto amado, y no la amará con el objetivo de sacar alguna ventaja de ello. Amar a la mujer solo con la esperanza de sacar algunas ventajas de ella es indigno y nada tiene que ver con el ejemplo que nos dejó Cristo.

(3) El amor es santo, sin impureza. Porque *“él amó a la iglesia... para santificarla habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la palabra”* (v. 25-26). El marido no puede tener un mejor ejemplo para copiar que el de Cristo, él es enseñado por el Salvador para que procure a toda costa el crecimiento en santificación y la salvación de su esposa.

(4) Es grande, sin comparación. Porque *“nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su vida por sus amigos”* (Juan 15:13). Esto fue lo que hizo nuestro Salvador, quien dio su vida por la Iglesia (v. 25). El marido debe imitar a su Señor y Maestro conservando un singular y superlativo respeto por su esposa, pues, ella es *“miembro de su cuerpo, de su carne y de sus huesos”*. El esposo estará dispuesto a darlo todo, aún su propia vida, por su esposa.

(5) El suyo es un amor activo y fructífero, porque Él *“sustenta y cuida”* a su iglesia (v. 29). Su pobre iglesia es siempre querida por él. Él la suple. Ella está a punto de hundirse, pero él se despierta para salvarla. Tal debe ser el amor del esposo. Él no debe escatimar ningún costo, ningún sufrimiento para hacer de su esposa una buena esposa. El marido debe amar a su esposa así como Cristo amó a la iglesia.

2. El marido debe amar a su esposa como así mismo. Eso dice mi texto. El Apóstol había dicho: *“Así también los maridos deben amar a sus mujeres como a sus mismos cuerpos”* (v. 28), y como si eso no fuera suficiente, el texto sigue diciendo: *“cada uno de vosotros ame*

también a su mujer como a sí mismo” (v. 33). El que no sabe muy bien con qué clase de amor Cristo amó a la Iglesia, por lo menos puede saber con qué clase de amor se ama así mismo. Este amor es...

(1) Tierno. Una persona no puede tocar y limpiar las llagas o heridas tan tiernamente, como las propias: *“Porque nadie aborreció jamás su propia carne, sino que la sustenta y la cuida, como también Cristo a la Iglesia”* (v. 29). Ese debe ser el amor del esposo hacia la esposa, acompañado de la mayor ternura, porque ellas son como vasos de cristal que pronto se rompen sino son manejadas con suavidad.

(2) Alegre. Ningún hombre está tan dispuesto a ayudar a otro hombre, como así mismo. Un hombre se aventura a involucrarse en actividades difíciles o peligrosas cuando esto traerá beneficios para sí mismo. Por lo tanto, el marido con alegría y facilidad ayudará a su esposa para que esté bien en todos sus asuntos. Si una oscura nube surge entre ellos, el amor del esposo debe disolverla prontamente, porque ningún hombre se enfada largamente con él mismo. Él debe tener el oído abierto, su mano y su corazón dispuesto a ser compasivo, ayudarla y gratificarla a ella, así como él está dispuesto a ayudarse a sí mismo.

III. Los efectos del amor del marido hacia su esposa. Estos son los efectos:

(1) El marido demuestra su amor por la diligente instrucción de su esposa. Él debe *“vivir con ella sabiamente”* (1 P. 3:7). Ella debe *“preguntar a su marido en casa”* cuando quiere aprender algo y que *“no hable en la congregación”* (1 Cor. 14:35). En esto el marido tiene una excelente oportunidad de santificar a su esposa, y ¡Ay! de él si es indolente en prepararse y buscar la habilidad para cumplir con este sagrado deber. Esto es verdad: si él es diligente en hacer buena el alma de su esposa, ella estará obligada eternamente a amarlo y honrarlo; pero si él no se esfuerza y abdica de esta responsabilidad, ella probablemente lo maldecirá para siempre en el infierno.

(2) El marido demuestra el amor hacia su esposa por la suavidad con que la corrige. El esposo realmente debe pasar por alto muchas de las faltas de su esposa, porque *“el amor cubrirá multitud de pecados”* (1 P. 4:8). Si él siempre está usando la espada, pronto perderá el filo; si él está reprendiendo continuamente, la reprensión dejará de tener sentido. Sin embargo, un marido no puede amar a su mujer si él no la reprende cuando es necesario. Pero esto debe hacerse con toda la sabiduría y ternura imaginable: no delante de los extraños, y rara vez delante de la familia; no por algún defecto natural que ella tenga, y rara vez por cosas que no se le han advertido previamente. Cuando el marido la reprende también elogiará en ella lo que es bueno. Él debe asegurarse de mezclar el aceite de la bondad con la mirra del reproche. Porque si él le da esta porción hirviendo, los resultados

de la corrección serán peores que lo que buscaba curar. Tarde o temprano, si él no es brutal con su mujer, ella estará agradecida y enmendará el error.

(3) El amor del esposo debe ser demostrado por el estímulo que le da a su esposa. Él hará como el esposo de la mujer virtuosa: “*su marido también la alaba*” (Prov. 31:28). Cuando un marido hace esto, le causa un gran bien a su mujer.

(4) El amor del esposo hacia su esposa consiste en proveer para ella todo lo que es necesario y conveniente, según su capacidad. El marido será diligente para con su esposa en que “*no disminuirá su alimento, ni su vestido, ni el deber conyugal*” (Ex. 21:10). No es que ella se convertirá en una persona ociosa, viviendo del trabajo de su marido, sin ella añadir la ayuda de su mano, pero la responsabilidad principal del sostenimiento de ella está en el marido. Él debe hacer todo lo que esté a su mano en proveer para ella. No sólo para su sostén mientras él vive, sino que debe prever para ella, en la medida de lo posible, con el fin de que ella tenga sustento después de que él muera; pues, eso fue lo que hizo Jesús para la iglesia.

(5) El amor del marido hacia la esposa consiste en ser su cabeza. “*el varón es la cabeza de la mujer*” (1 Cor. 11:3). Por lo tanto, el marido está obligado a proteger a su esposa de los peligros y de simpatizar con ella en sus sufrimientos. Él debe proteger el alma de ella de la tentación, su cuerpo de cualquier daño, su nombre de cualquier reproche, y debe protegerla del desprecio de los niños o de cualquier otra persona.

(6) El amor del esposo hacia la esposa se demuestra en darle un buen ejemplo. Él debe ser un ejemplo en piedad, caridad, sabiduría y bondad; lo cual será la más constante y eficaz enseñanza que él podrá darle a ella. Si el marido es santo, tranquilo y trabajador, ella no podrá causarle vergüenza, ser mala, obstinada u ociosa. Él le enseñará a orar. Su justicia, templanza y caridad serán una ley, una regla y un motivo para que ella también sea justa, sobria y caritativa. Si el marido es un ateo o un fariseo, ella será destruida. Él va delante de ella; y usualmente ella lo sigue a él, ya sea al cielo o al infierno.

(7) Los efectos del amor del marido hacia su mujer se ven en su comportamiento hacia ella, especialmente, en el uso moderado de su autoridad. Aquí yace un acto de amor del esposo hacia la esposa: siempre conserva la prudencia, no es ligero al usar esta autoridad. Si su conducta es luz, ella estará apta para ser luz. Si él es débil y pasivo, la perderá. Pero, aquí brillará su amor al utilizar la autoridad con total dulzura. Él no la gobernará como un rey ante sus súbditos, sino como la cabeza dirige al cuerpo. La mujer no fue sacada de la cabeza del hombre, para gobernarlo; tampoco de sus pies, para ser pisoteada por él; sino del costado, cerca de su corazón, para ser amada y protegida. Por tanto, el rostro del marido para con la mujer debe ser amable, su lenguaje suave y dulce, su conducta complaciente,

sus mandamientos o instrucciones respetuosos, y sus correcciones amables. Él nunca debe pensar que una conducta grosera o una perpetua amargura ayudan a mantener o establecer la autoridad. Si la mansedumbre de la sabiduría no prevalece en la relación con tu mujer, tu vida será ruin en este mundo, y la de ella en la eternidad.

Aplicaciones:

¿Cómo serían los hogares si los maridos amamos a nuestras esposas de la forma bíblica, y las esposas reverencian a sus maridos? “no habría pendencias, separaciones ni divorcios. Nuestros hogares serían más como premoniciones del cielo que lo que son a menudo.”¹

Muchos varones aspiran a ser pastores, ancianos, diáconos, predicadores, en fin, servidores para el avance del Reino de Cristo; Pablo dice que el que anhela estas cosas, buena obra desea. Pero, hay una cosa, que suele pasarse por alto, lo cual se convierte en un serio obstáculo para ejercer este servicio: las malas relaciones conyugales. Esto es tan serio que Pedro dice que cuando el esposo no trata con amor, consideración y ternura a su esposa, las oraciones de este varón tendrán estorbo (1 P. 3:7). De la misma forma Pablo dice que el que anhela servir en la iglesia *debe gobernar bien su casa* (1 Tim. 3:4). Un marido gobierna bien su casa cuando ama tiernamente a su mujer, cuando le dedica tiempo, cuando es cariñoso para con ella, cuando la santifica, cuando la cuida.

¹ MacDonald, William. Comentario bíblico. Página 886